

CTRL ALT ESCAPE

¿Arriesgarías tu vida para salvar a alguien
que aún no existe?

MARTA S. PINA
JEREMY M. WILLIAMS

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

© Marta S. Pina y Jeremy M. Williams, 2015

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

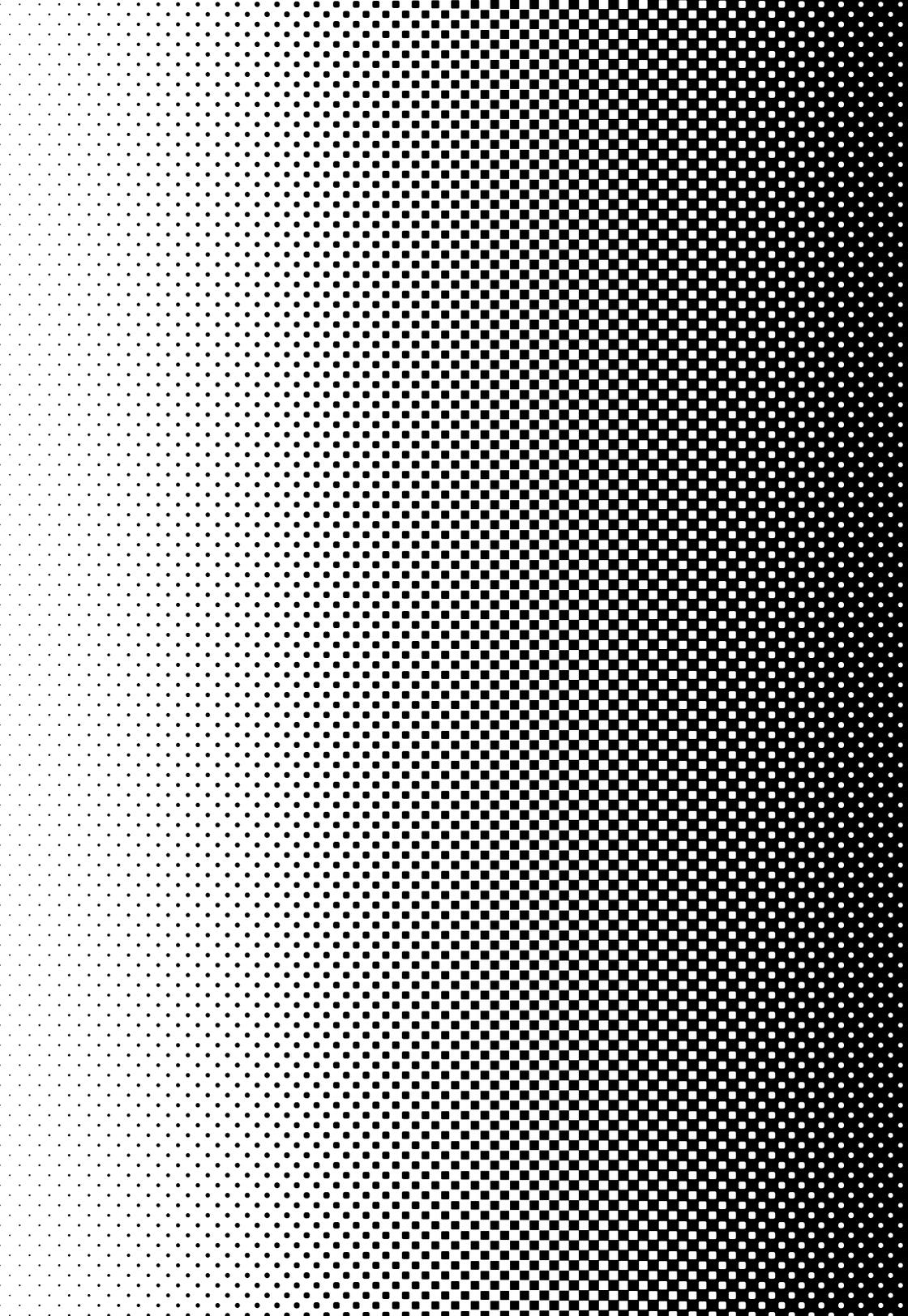
*A mis cuatro amores por los que daría la vida:
Sara, Mònica, Aleix y Chloe.*

A mis padres, a los que les debo todo.

Marta

A Salatiel, que me hizo llegar tarde a la fábrica.

Jeremy



Viernes, 29 de mayo de 2009

Tengo que romper este reloj. Lo dejo en el suelo. Apoyo el tacón de mi bota sobre el cristal de la esfera. Presiono. ¡Crac!

Después de lo que a mí me parece una eternidad, el tren sale de la estación. Avanzamos cada vez más rápido. Levanto el pie y el reloj me devuelve su imagen rota, sus locas agujas inmóviles por fin.

Solo queda una parada. Es muy tarde, más de medianoche. De repente, no sé por qué, me viene a la cabeza que hemos conseguido coger el último tren, y las connotaciones metafóricas de la frase, que en otro momento incluso me podrían haber hecho cierta gracia, ahora me dan miedo. Porque no sé si llegaremos a tiempo, no sé con cuántos minutos contamos aún. Lo que sí sé es que este es un viaje a vida o muerte. Y el tiempo manda. TIEMPO.

Vuelvo a mirar lo que queda del reloj y pienso en ese otro reloj, el de casa de mis abuelos, con su tictac benigno, adormecedor. Y enseguida me doy cuenta de que no, de que es mentira: que de benigno nada. ¡Qué ilusos somos los humanos! Creemos que hemos conseguido controlar el tiempo encerrándolo en estúpidos relojes, en calendarios, en almanaques, en agendas... Pero no.

El tren empieza a frenar. Si fuera de día, ya se divisaría la estación. «Próxima parada: Premià de Mar», anuncian la megafonía y el letrero luminoso sobre la puerta. Y vamos cada vez más despacio, y mi corazón va cada vez más deprisa. La sangre se me agolpa en la cabeza.

Tictac, tictac.

Creo que me estoy mareando. Respiro hondo. Cada vez me cuesta más pensar con claridad. Siento el cuerpo rígido, como pegado a mi asiento. ¿Seré capaz de ponerme en pie?

Estoy tan cansada... Quisiera poder salir corriendo de este tren y no parar hasta llegar a casa, pero he de esperar, esperar a que se detenga y se abran las puertas automáticas. Tictac, tictac.

Tengo la sensación de que estamos entrando en la estación a cámara lenta, muy lenta, cada vez más lenta, y que jamás acabaremos de detenernos. Esa es otra particularidad curiosamente

antipática del tiempo: nunca se mueve a nuestro favor. Cuando queremos que corra, que pase deprisa, volando, él se entretiene, se hace el remolón, se eterniza, burlando nuestra paciencia y derribando nuestra seguridad; pero cuando deseamos que se detenga, que se alargue, que se desperece con tranquilidad, él corre, corre, corre.

¡Tictac, tictac, tictac!

Sé que he de hacer un último esfuerzo. Quiero conseguirlo. Cuando logro apartar mis ojos del dichoso reloj, se me encoge el corazón al ver a mis dos mejores amigos mirarme, con una ternura de esas que no se pueden explicar con palabras, de esas de piel y de lágrimas. Solo les he traído problemas, pero aquí están: una con una fea herida en la cabeza, que todavía le sangra y que le han hecho por mi culpa, y otro con un ojo morado por un puñetazo que yo misma le he dado. ¡Cómo puedo ser tan bruta! Además de heridos, ellos están tan tensos como yo, tan angustiados como yo, tan cansados como yo.

Ha sido la peor semana de nuestra vida, con diferencia. Aún no me puedo creer los líos en que nos hemos metido. Desde faltar a clase hasta ser acusados de consumir drogas, cometer allanamiento, perder el portátil de mi madre, hacer que por poco nos maten...

Tictac, tictac: el tiempo no se detiene.

El tren sí. Se abren las puertas. Mis amigos se ponen en pie como impulsados por un resorte. Yo sigo pegada a mi asiento. El cuerpo no me responde, estoy aterrada. Ellos lo intuyen. Se miran. Me miran. Cada uno me coge de una mano y tiran de mí. Las señales acústicas anuncian la partida inmediata. Mis piernas siguen inmóviles.

Tictac, tictac.

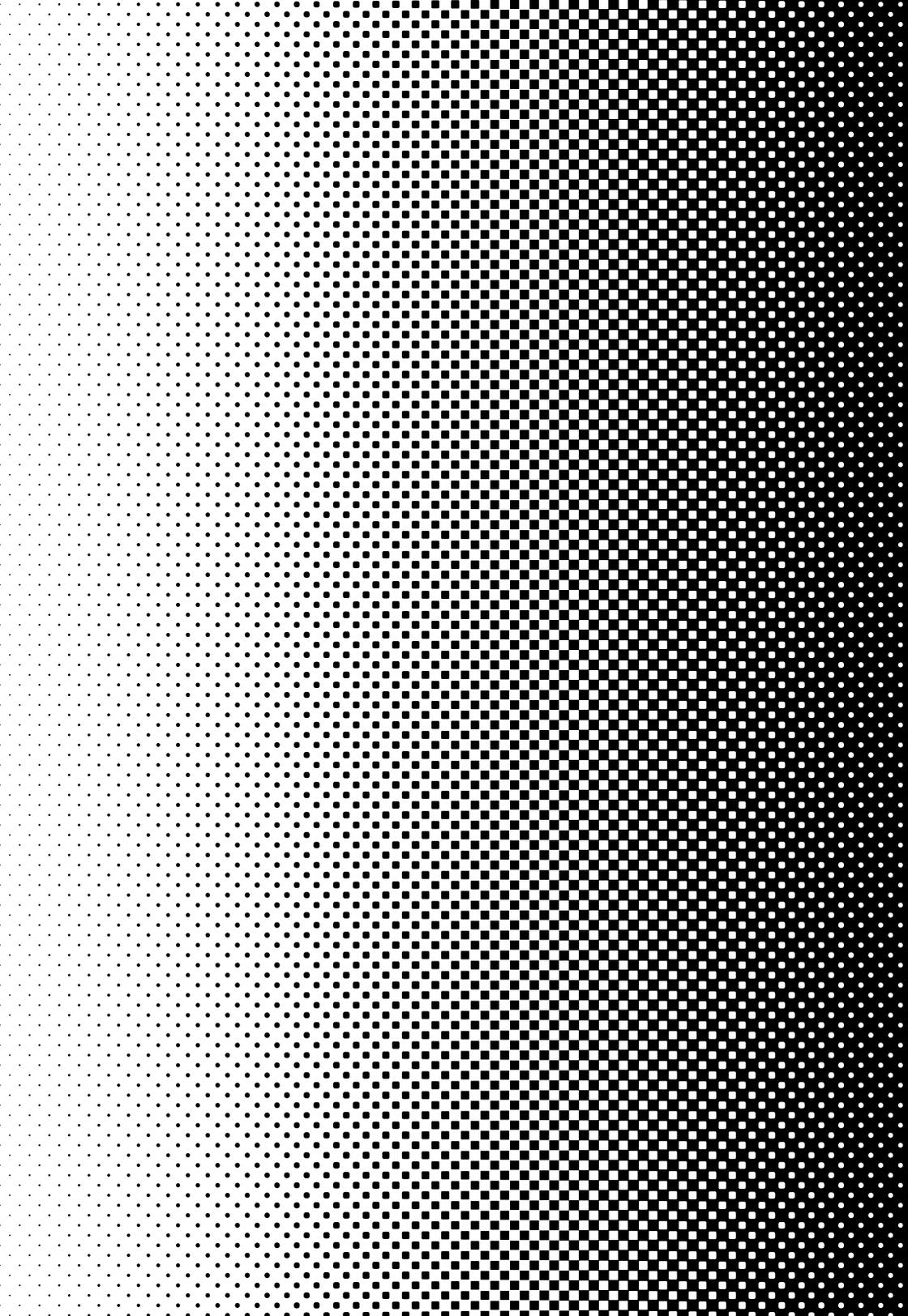
Veo con terror que empiezan a cerrarse las puertas. ¡No puedo hacerlo! De repente, siento otro tirón en mis brazos y, un segundo después, estamos los tres en el aire, saltando al andén. A nuestra espalda, el tren sigue su camino. De frente, la incertidumbre.

Tenemos que darnos prisa. Mis amigos siguen tirando de mí escaleras abajo. Noto mis pies contra el suelo. ¡Plas!, un paso, ¡plas!, otro, y otro, y otro.

Tictac, tictac.

En mi cabeza, un único pensamiento: llegar a tiempo de salvarla.

Encontrar a mi madre con vida.





8 días antes
Jueves, 21 de mayo de 2009



4, 3, 2, 1... ¡Acerté!

Se abre la puerta de mi habitación y asoma la cara de mi madre con esa expresión tan suya de «ya tendrías que estar durmiendo».

¿Que cómo sabía que entraría en ese preciso instante? Supongo que porque la conozco «como si me hubiera parido». Y porque eran las doce en punto de la noche. Mi madre tiene una auténtica obsesión con la medianoche. Antes de que abriera la boca, ya sabía exactamente lo que me iba a decir: «Hoy ya no es hoy, es mañana. Así que apaga eso y a dormir».

–Mónica, son más de las doce. Ya es mañana. A dormir.

Bueno, más o menos, ¿no? Me da una rabia... A esa hora, que es cuando todo el mundo está conectado, yo me tengo que desconectar. Me siento una víctima de la amorosa justicia materna.

Ni bajo tortura lo reconocería delante de ella, pero lo cierto es que cuando me pongo con el ordenador a hablar con mis amigos, pierdo por completo la noción del tiempo.

La voz de mi madre me llegó amortiguada por las paredes que separan nuestros dormitorios: «¡Y lávate los dientes, cariño!». Siempre me los lavo, ella lo sabe. He cumplido dieciséis años y no he tenido nunca caries. Pero es igual, me lo tiene que recordar noche tras noche o no se duerme tranquila. Y es que ejerce la maternidad con una rotunda y desquiciante tenacidad. Sobre todo desde que murió mi padre, hace apenas un año. Es como si quisiera hacer doble turno o algo así.

Estaba chateando y comiendo chokolatinas. En una asociación de ideas de esas tontas, recordé haber leído que, en un balneario de no sé dónde, te hacían un tratamiento antiestrés con

masajes y baños de chocolate. Pensé que a mi madre le vendría muy bien un toque dulce y relajante en la vida. Llevaba triste demasiado tiempo.

Tendría que darme prisa en despedirme de la gente, porque esa es otra de las cosas que mi madre no entiende. Ella me dice «venga, apaga el ordenador» y se cree que es así de rápido. Le digo que espere un poco, que me tengo que despedir, y a los dos minutos ya está otra vez: «Nena, ¿cuánto tiempo necesitas para decir adiós?». Y cuando le explico que se lo tengo que decir a mucha gente, y que no digo adiós y ya está, que no soy tan malqueda, me mira como si le hablara en chino.

Moni: Mi madre acaba de decretar el toque de queda

Moni: Sabes que hay balnearios que te hacen masajes con chocolate??

Sandra: Ni idea. Es chulo?

Moni: No sé. Me gusta comer jamón, pero eso no significa que quiera que me lo froten por la espalda

Sandra: ja ja, qué bueno!!!!

Moni: Me acuesto, que mañana tenemos la excursión al museo ese

Sandra: Ok. Yo me preparo la ropa y a la cama

Moni: Besitos

Sandra: Besitos

CSI_Premia: Sigues ahí, moni?

CSI_Premia: Estás?

Moni: Sí, pero me voy

CSI_Premia: Sales?

Carlos es así. Tiene un coco alucinante, una inteligencia brutal; vamos, que es un genio. Y como todos los genios, un despistado. Si está enfrascado en algo, pierde la noción del tiempo, del

espacio y hasta de sí mismo. Puede que no sepa ni qué hora es, y si lo sabe, su cerebro estará trabajando en otra cosa y cualquier frase que le digas se la tomará en plan literal.

Moni: Salgo del chat y me voy a dormir

Moni: Mañana, visita al museo de la ciudad

CSI_Premia: He estado investigando un poco. Pinta interesante

Moni: Y yo. El museo es subterráneo. Es más bien un emplazamiento arqueológico acondicionado

CSI_Premia: Ya, mola. Por la mañana, quedamos a la hora de siempre?

El genio de Carlos es mi vecinomejoramigo, y nuestras madres llevan turnándose los viajes al cole desde Infantil: mi madre nos lleva y la suya nos recoge.

Moni: Ok

CSI_Premia: Vale, guapa

CSI_Premia: Mi madre ha comprado los zumos que te gustan. Te llevo uno para mañana. Ok?

«¡Qué mono!», pensé. Y se me agitó un poco el corazoncito. Aunque, por supuesto, en aquellos momentos yo tenía muy claro que Carlos y yo éramos amigos y solo amigos, que no me gustaba, que entre nosotros no había nada así, en plan romántico. Además, ¿qué podría gustarle a Carlos de mí? Yo no soy ni muy guapa ni muy lista ni muy nada. Y él, bueno, él es muy inteligente y bastante guapo, francamente. En esas estaba cuando entró mi madre como un tornado en mi habitación.

–¡Ya está bien, Mónica! ¡Hace un cuarto de hora que me has dicho que te ibas a dormir! ¡En esta casa hay unas normas que, por lo visto, no estás dispuesta a cumplir!

–¡Mamá, me estoy despidiendo, te lo prometo!

-¡Mira, Mónica, no me tomes por idiota! ¡Apaga el ordenador YA!

-¡No te tomo por idiota!

-¡No me grites!

-¡Eres tú la que has entrado en mi cuarto gritando como una loca! ¡Yo no tengo la culpa de que estés amargada!

Tendría que haberme mordido la lengua. Fui cruel, y la expresión de tristeza con la que me miró mi madre me taladró el alma. Quise decirle que lo sentía mucho, que lo había dicho sin pensar, que entiendo cómo se siente, que yo también estoy triste y que también le echo de menos. Pero, como me pasa siempre en semejantes situaciones, se me atrancaron las palabras en la garganta, se me congelaron los músculos y no dije nada. Mi madre tampoco dijo nada más. Se secó una lágrima con el dorso de la mano, dio media vuelta y salió de mi habitación cerrando la puerta muy despacito, casi sin hacer ruido. Me quedé inmóvil un rato, con mi portátil en el regazo, apagado, porque en el fragor de la discusión se había desenchufado el cable, y como la batería no funciona...

Esa noche lloré en silencio, como tantas otras en el último año. Como mi madre, que intentaba ahogar su llanto contra la almohada para que yo no la oyera, sin conseguirlo. Lloré por ella, por mí, por mi padre, por la mala suerte, porque no es justo, porque estaba cansada, porque no me había despedido de Carlos y ahora estaría pensando vete tú a saber qué. Porque me dolía el alma.

Estaba enfadada conmigo misma, y supongo que por eso, para castigarme, empecé a pensar en él, en el día en que murió, en lo triste que fue. Aunque creo que ese día mi padre ya no era mi padre. Era su cuerpo, sí, pero él ya no estaba. Llevaba dos semanas en casa. Le habían dado el «alta» en el hospital, pero todos sabíamos que eso era un mero eufemismo. En esas dos terribles semanas, fuimos testigos de primera fila de cómo se iba apagando su vida sin remedio. Tres días antes del triste final, estuvi-

mos hablando. Fue nuestra última conversación. La recordaré siempre.

-Moni, no quiero que estés triste, ¿de acuerdo?

-¿Tienes miedo, papá? -le pregunté con un nudo en la garganta.

-¡No! Qué va. La verdad es que estoy cansado y... bueno, es lo que tiene lo inevitable: que no se puede cambiar.

-No digas eso.

-Como dice esa canción de Serrat que le gusta tanto a tu madre: «Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio» -me dedicó una sonrisilla tristonera, pero franca y auténtica-. Hablemos de cosas alegres: ¿qué tal los exámenes? -a guasón no le ganaba nadie.

-¡Papá! -intentó reírse, pero un ataque de tos se lo impidió-. ¿Necesitas algo? ¿Agua?

-No, no, ya está. Estoy bien. Quédate un poquito conmigo.

Me cogió la mano, cerró los ojos y se quedó adormilado. Yo le miraba con el corazón en un puño, sintiendo su mano caliente y flácida en la mía. Ese hubiera sido un buen momento para detener el tiempo. «Reloj, detén tu camino, haz esta noche perpetua, para que nunca se vaya de mí, para que nunca amanezca», otra canción que le encanta a mi madre. Y sé que aquella no fue una conversación trascendente ni importante, pero sí lo fue esa sensación de complicidad, de paz... Cómo duele recordar. Fue un instante único, precioso, definitivo. Después, se acabó. Ya no volvió a hablar, al menos no de forma, digamos, coherente. Le subió la fiebre, y las únicas palabras que articulaba de vez en cuando eran delirios, sinsentidos. Hasta que llegó el último día, su último día. Por la mañana, cuando me levanté, tuve un mal presentimiento. Durante la noche había sufrido una de sus crisis, le costaba respirar y, aunque mi madre no quiso decírmelo, vi que le estaba duplicando la dosis de calmante. Me negué a ir al cole, quería estar con él. Mejor dicho, me daba pánico ir al cole, como si estando yo ahí no pudiera pasar nada malo; bueno, nada peor;

como si mi sola presencia pudiera protegerle de alguna manera. Sé que es una estupidez, pero es que tenía tanto miedo... Me salí con la mía y me quedé en casa. Mi madre estaba muy nerviosa, no paraba de llamar por teléfono a colegas suyos del hospital consultando cosas sobre la medicación. Yo intenté no molestar, pasar inadvertida, volverme transparente, invisible. Eso lo bordo. Ya por la tarde, empecé a sentirme algo mareada y me dolía el estómago. Normal: no había comido nada en todo el día, pero es que no podía ni pensar en la comida (es lo que tienen los seres invisibles, que no comen). Así que decidí salir al jardín delantero a que me diera un poco el aire. Y entonces sucedió.

Recuerdo a la perfección dónde, cómo y qué estaba haciendo en ese preciso instante: sentada en el escalón de la entrada, con la barbilla apoyada en las rodillas, dibujando una espiral en la tierra con un palito que encontré en el suelo. Un ruido dentro de la casa me sobresaltó; fue un golpe seco y sordo. Y acto seguido, la voz de mi padre llamándome con urgencia, con desesperación:

–¡Mónica, Mónica, Mónica!

Entré en casa a toda prisa. No podía creer lo que estaba viendo: mi padre ahí, de pie en el salón, tambaleándose hacia mí, arrastrando el gotero, tropezando con todo lo que encontraba a su paso (la silla, la mesilla de centro...). Y es que caminaba sin ver. Pero yo juraría que me miraba, en serio. Y seguía llamándome, agitando las manos.

–¡Sigue, Moni, sigue! ¡No tengas miedo, puedes hacerlo!
¡Sigue, entra! ¡El perro tampoco existe! ¡Confía en mí, el perro tampoco existe, no puede hacerte daño!

Se desplomó. No sé por qué, pero ese instante lo recuerdo a cámara lenta. Su última mirada, los brazos extendidos al frente, el gotero resbalando desde atrás, arrastrando con él la lámpara de pie, su cuerpo cayendo al suelo abrazando la nada. Supongo que todo eso haría un ruido tremendo; sin embargo, mi recuerdo es absolutamente mudo. Como mudos recuerdo los gritos de mi

madre y todo lo que vino después. Mi vida volvió a ser sonora al día siguiente, cuando empezaron a llegar familiares, amigos y vecinos a darnos el pésame y las consabidas palabras de consuelo, que a mí, desde luego, no lograban consolarme, al contrario. Prefería un mundo mudo, donde las palabras no hirieran, donde las palabras no te recordaran que tu padre había muerto.

«Bueno, ¡basta ya!», me dije. No quería seguir reviviendo de aquella manera tan enfermiza el peor día de mi vida. No tenía sentido seguir castigándome así. Me quedé muy quieta, acurrucada, casi sin respirar, para que ni el mínimo roce de mis sábanas pudiera ocultarme los sonidos procedentes de la habitación de mi madre. Lo sigo haciendo casi todas las noches para saber si está llorando. Y ese día lloraba.

Apagué la luz y me quedé, como siempre, contemplando la constelación de estrellas fosforito que adornan el techo de mi cuarto. Me encanta. Aunque, mirando aquel cielo de mentira, pensé que mi vida de verdad era una mierda. Y pasé de la pena a la rabia. ¡Era injusto que las últimas palabras de mi padre no hubieran sido «te quiero», «estaré siempre contigo», «llévame en el corazón» o cualquier otra frase cursi, cariñosa, empalagosa y agradable! ¡Tuvo que ser una frase delirante, estúpida, fea y totalmente estéril! Intenté concentrarme en las estrellas, en cómo iban perdiendo intensidad. Yo quería imitarlas, ir apagándome con ellas, dormir. Cerré los ojos, respiré hondo.

Continué con mis ejercicios de respiración. Es sencillo: se coge aire hasta que no se puede más y se suelta despacito. Y así varias veces. Funciona.

Me daba rabia haberme peleado con mi madre cuando sabía que solo sirve para empeorar las cosas. Intenté ser positiva: «Bueno, mañana lo arreglo. Sí, mañana será otro día, y seguro que mejor que este. Ayudaré más en casa. Sacaré la basura sin rechistar. Me pasaré el día haciéndole la pelota. No me saltaré ni una de sus normas».

Pero tampoco se puede quejar tanto. No fumo, hago los deberes, cuido mis cosas, siempre sabe dónde estoy y con quién (bueno, más o menos), guardo mi ropa y siempre me lavo los... ¡Jodeer, no me he lavado los dientes!